Fe heroyca de la Beata María.

Pero tales convenia que fuesen los sentimientos y las acciones de una Señora christiana, que por un don singularísimo de la divina gracia poseía en grado heroyco los hábitos de las tres virtudes Teologales, Fe, Esperanza y Caridad, casi desde la adolescencia. En efecto la BEATA MARÍA no solo era fácil y dócil en sujetar su entendimiento á todo lo que Dios y la Iglesia católica Romana nos enseñan en órden á los Misterios y doctrina de nuestra santa Religion, sino que estaba su espíritu tan persuadido de estas verdades, que su firme adhesion á estos Misterios daba lugar á creer, que tenia de ello un conocimiento como revelado. Quando hablaba acerca de las cosas mas dificiles, y de los Misterios mas sublimes, como de la Santísima Trinidad, de la Encarnacion de nuestro Señor, de su Pasion y Muerte, de su real presencia en el Santisi-

Maria de la Encarnacion. mo Sacramento de la Eucaristía, de la grandeza inmensa de la Magestad de Dios, de la gloria del Paraíso, y de la posesion é inseparable union de los Espíritus bienaventurados con el Señor, racionaba no solo sobre la capacidad ordinaria de su sexô, sino con unos términos tan expresivos, que no quedaba duda de que todo lo habia aprehendido en la escuela del Espíritu Santo, y mediante un don extraordinario de entendimiento. Todos quantos tuviéron con ella conferencias sobre las cosas espirituales, aun los hombres mas ilustrados contextaban uniformes con estupór y maravilla sobre la inteligencia singular de los Misterios mas profundos de la fe, que advertian en esta santa alma, y quedaban sosegados y satisfechos con la solucion no esperada y convincente, que les daba à las dificultades que la proponian sobre esta materia. Un Caballero de caracter, hallándose fatigado de una duda sobre la real presencia de Jesu-Christo en la sagrada Eucaristía, pasó á verse con la Bea-TA para que le diese algun consuelo en la afliccion y agitacion de su espíritu, y ella le declaró tan perfectamente la verdad de este augusto Misterio, que el Caballero no padeció en adelante sus antiguas dudas, y protextaba que jamas habia hallado un espíritu tan ilustrado como el de la Señora Acaría. Otro sugeto, a quien se le ofrecian gravísimas dificultades en órden á la fe, habiendolas comunicado con nuestra BEATA, quedó tan cabalmente instruido con su conversacion, que en adelante vivió ya siempre con toda la sumision que es propia de todo buen Católico. Eran tales y tan grandes las luces que el Espíritu Santo comunicaba á su entendimiento, en órden á los dógmas de nuestra Santa Religion, que en cierto modo procuraba desviarlas de sí, para afianzarse en su claridad; porque la parecia que se disminuiría el mérito de su fe, por el mucho conocimiento que aquellas luces causaban en su alma. Otras veces sorprendida de tanta luz protextaba, con la mayor eficácia, que no podia alcanzar cómo era posible poner en duda ninguno de los artículos de la Fe; y que ella conocia con tanta seguridad todas las verdades, que la era imposible ponerlas en duda. En algunas ocasiones la favorecia el Señor con ciertos golpes de luz tan viva y penetrante, que se veía obligada a dar voces, diciendo: Dies mio; dad, si os place, estas gracias á los Infieles; que yo nada dudo de quanto vuestra Santa Iglesia me enseña. La fe de la BEATA era al mismo tiempo muy humilde y rendida: y así solo cuidaba de prestar el mas sincéro homenage à sus Misterios; de cautivar su entendimiento, mirando con sumo horror la curiosidad de escudriñarlos. No contenta con esto, ponia sumo esmero en no consentir, por cosa ninguna del mundo, que en su presencia se dixera una palabra de menos respeto á los Prelados Católicos. Una de las cosas que la Beata procuraba que mas se imprimiera en los corazones de todos los que queria llevar por el camino de la virtud era la firme persuasion de la presencia de Dios en todo lugar; para que esta virtud les contuviera en el fiel desempeño de sus obligaciones; ó los hiciera volver á ellas quando se habian desviado. Aquel grande recogimiento de espíritu, que se echaba de ver en su modestia, en la compostura de su porte exterior, en la circunspeccion de sus conversaciones, en los frequentes raptos de su alma eran evidentísimas pruebas de la firmísima persuasion en que estaba de que Dios era testigo de todas sus acciones. Jamas la ocurrió dificultad, ni hubo acontecimiento por imprevisto que fuera, que bastara á turbar la tranquilidad de su corazon, ni detenerla en sus empresas por la honra y gloria de Dios; porque con tal seguridad tenia por verdad indubitable de fe católica, que todo está sujeto á las inefables disposiciones de su divina providencia, y sirven sin echarlo de ver al cumplimiento de sus adorables consejos: y eran admirables los discursos que hacia sobre esta providencia infinita, y sobre la dependencia de ella, en que debemos todos vivir á todo trance. Entre sus devociones leia frequentemente con singular fervor el Prefacio que se lee en la Misa del dia de la Santisima Trinidad, pesando sus palabras, y repitiéndolas muchas veces, y diciendo : 10h! ; qué palabras! ¡qué profundidad! y al llegar á aquellas: Qui non cessant clamare quotidie, parecia

Maria de la Encarnacion. que se olvidaba de que estaba en esta vida mortal, y decia, y volvia á decir sin cansarse : Sanctus, Sanctus, Sanctus, qui non cessant clamare quotidie: Sanctus, Sanctus, Sanctus. Fuéron inumerables las ocasiones en que la BEATA hizo ver la firme y viva fe que en su corazon tenia del augusto Sacramento de la Eucaristía. Quando despues de la Sagrada Comunion se retiraba á la Capilla que su Marido tenia en la Iglesia de San Gervasio, que era su Parroquia, era cosa de admiracion ver su humilde compostura, el ardor que la hacia encendersele el rostro, las lágrimas que la salian de los ojos, y su atencion extática. La eran muy familiares los raptos al tiempo de comulgar, que apenas recibia la Sagrada Hostia se veía obligada á pellizcarse los brazos para estorbarlos: y quando no podia, quedaba tan inmobil y absorra en Dios, que los que estaban á su lado tenian muchas veces que empujarla con mucha fuerza para hacerla volver en sí. Quando estaba patente el Santisimo Sacramento, ó quando iva á la Iglesia donde estaba reservado, estaba con tal respeto y veneracion

en su presencia, y con tan grande recogimiento, que no podian mirarla sin concebir mucha devocion, aun las niñas mas inconsideradas. Era mucha su devocion al Sacrificio de la santa Misa, no dexando pasardia alguno sin oirla con grande recogimiento y fervor de espíritu, por muchas que fuesen sus ocupaciones. Y quando sus graves enfermedades no la permitian ir á la Iglesia, la oia en una decente y devota Capilla que tenia en su casa. Su respeto y veneracion á los santos Evangelios era singular: tenialos continuamente entre manos para meditarlos, y sacar de ellos sus mas afectuosos documentos. Por lo tanto apoyaba todas sus instrucciones, y todos sus exercicios de piedad en alguna máxima evangélica, que adaptaba tan oportunamente á todas las ocurrencias, tanto propias como agenas, que no quedaba lugar de dudar que era el espíritu del Evangelio el que dirigia todas sus palabras y acciones. Servíase tambien muy á menudo de los versículos, de los Salmos, de las Epístolas de San Pablo, y demas libros de la santa Escritura, para sacar afectos y motivos de ele-

varse à Dios, y desprenderse generosamente 'de qualquier aficion ménos bien ordenada á las criaturas, ó á sí misma. El Símbolo de los Apóstoles, y el Niceno formaban sus delicias: reperia muchas veces las palabras de estos Símbolos con tanto fervor que parecia salir fuera de sí: y procuraba con gran teson persuadir á todos que se exercitaran en actos de Fe, y que no fundaran sus acciones si no sobre ésta y las demas virtudes teologales. Tenia el mas profundo respeto á las palabras de Dios, oyendolas con suma atencion interior y exterior, y no podia sufrir que despreciasen á ningun Predicador, y que no fueran á oirlo, porque no daba gusto. Decia que esto era mirar á la criatura, y no al ministerio de anunciar la palabra de Dios, que todo christiano debe oir de aquellos que la Iglesia riene encargados de ello, con grande atencion y respeto: y que si no se halla gusto en ello, nace de nuestra indisposicion y amor propio, que solo cuida de satisfacer la vana curiosidad del ánimo. En quanto á la invocacion de los Santos, y veneracion de sus sagradas reliquias é imaimágenes todos eran objeto de su culto; pes to tenia mayor devocion á aquellos que habian padecido mucho por amor de Dios, como los Santos Apóstoles, y Santos Mártires, y aquellos que voluntariamente se habian desprendido de todas las cosas para unirse mas estrechamente con Jesu-Christo pobre y crucificado, como San Alexo, San Guillermo Duque de Aquirania y otros. Confiaba muy particularmente en la intercesion del Arcangel San Miguel, y Santos Angeles, en la del glorioso San Joseph, Esposo de la Santísima Virgen, de Santa Ana Profetisa por su perseverancia en los ayunos y oraciones por la venida del Mesías, de Santa Teresa, y de otros muchos. Pero el principal objeto de su culto despues de Dios, y de nuestro Senor Jesu-Christo era la Santísima Virgen María, Madre de Dios, y su intercesion con el mismo Dios era la que mas la alentaba: y así en todas las ocasiones en que se trataba de la honra de María Santísima se sentia animada de tan grande fervor, que movia á su imitacion á quantos la oian. Quando hablaba de la santidad y gloria de la misma Señora, decia cosas tan alcas que se echaba bien de ver quan convencida estaba de la incomparable ventaja que la Madre de Dios lleva á todas las criaturas. En todas las festividades de la Santísima Vírgen iva con sus hijas á visitarla en su Iglesia: en su reverencia ayunaba todas las vísperas de sus festividades, y todos los Sábados del año, y desde el dia de su Natividad hasta el de su Purificacion no comia carne. Rezaba todos los dias su Rosario: iva muchas veces á pie á las Capillas é Iglesias consagradas en su nombre, de las que algunas distaban no pocas millas de París: acudia en todos sus negocios con particular confianza á su intercesion; y aconsejaba á toda su familia, y á quantos podia, que se acogiesen á su poderoso patrocinio. Por lo que mira á las Sagradas Reliquias iva muchas veces á la Santa Capilla de París, para adorar el Lignum Crucis, y demas Reliquias de los instrumentos de la Pasion de nuestro Señor Jesu-Christo, y á otros lugares donde se conservan otras muy particulares Reliquias de Santos. Hablando en cierta ocasion de

124

la hora en que le embargáron todos sus bienes, aseguraba que todo esto le habia hecho tan poca mella, que por el contrario no podia dexar de complacerse, quando hacia memoria de ello: pero que lo que mas sintió en aquel lance fué ver, que le embargaron tambien una caxita dentro de la qual habia una Reliquia de la mano de un Santo Martir, por el temor de que la tratarian con poca reverencia. Preguntáronla por qué no la habia tomado ella ántes: y respondió que bien podia haberlo hecho; pero que no se atrevió a oponerse á cosa alguna de quantas practicaban los Ministros de justicia: y se contentó con suplicar al que la tomaba; que cuidase de que no se cometiera algun desacato contra aquella Santa Reliquia: y al decir esto daba bien á entender que la memoria sola de aquel suceso le causaba pesadumbre. Sabiendo que el ornato decente de los Templos es un atractivo poderoso para avivar la devocion del pueblo, contribuía para aquel fin quanto podia, sin perdonar fatigas ni gastos. Y así no hubo Iglesia, particularmente de las que se fabricaron de nuevo que no participase de su liberalidad, subministrando ornamentos, telas y otras cosas necesarias á la magestad y decencia del culto divino, señaladamente á la celebracion del Santo Sacrificio de la Misa. En su casa, así ella como sus hijas, y otras personas piadosas empleaban mucho tiempo en las labores de ornamentos sagrados, y otras cosas necesarias al servicio de la Iglesia, y animaba á sus hijas, y demas compañeras á estas tareas, diciendolas, que ella no gustaba de una devocion ociosa é inútil, que con pretexto de recogimiento pasa el tiempo en una vana quietud, sino de la activa, que está siempre dispuesta á hacer todo el bien que puede. Quando estaba enferma, para divertirse algun tanto hacía venir á su quarto todas las mugeres de su casa, y las hacía trabajar allí en cosas de la Iglesia, y culto divino; y quando sus males se lo permitian, se ocupaba con gusto en lo mismo, y con un fervor tan extraordinario que al verla parecia que solo habia nacido para esto, y que no tenia otra cosa que hacer. De la firmeza de su fé, y del amor y respeto

que tenia á esta virtud nació el ardentísimo zelo que tuvo de su propagacion y exaltacion. Por este fin hacia oracion muchas veces, y exhortaba á los demás á que hicieran lo mismo. Empleaba á sus expensas á muchos Religiosos, y á otros Doctores respetables en la conversion de los hereges, y gastaba grandes sumas para obligar con obsequios christianos á estos infelices, á que volvieran al seno de la Iglesia Católica, Mantenia en su casa, asistiendoles á todo gasto á varias personas para instruirlas en los dógmas de nuestra santa fe, y disponerlas à llevar una vida ajustada; y por este medio tuvo el consuelo de sacar á muchas de sus errores. Lo que la BEATA sufrió con valor heroyco por haber tomado su Marido parte en la famosa Liga, prueba con toda evidencia lo ardiente de su zelo por la defensa de la fe católica. Se afligia en extremo por las tribulaciones y calamidades de la Iglesia, y tenia la mas tierna compasion por el triste estado en que entónces se hallaba la fe en Inglaterra. Sentia en el alma ver que se toleraba en Francia la heregia,

y que se consignaban pensiones á los que profesaban ó enseñaban alguna doctrina perniciosa, y de solo pensarlo se congojaba. Quando la contaban que los hereges habian cometido algun exceso ó desacato contra el Santisimo Sacramento, Santas Imágenes, ó Sagradas Reliquias, perdia el color de sentimiento, y desahogándose, decia con lágrimas: esto es en lo que interesamos: por esto debemos hacer oracion. Exhortaba con grande energía á quantos hablaba á implorar de Dios con fervorosas oraciones la paz y exaltacion de la Iglesia, y la extirpacion de las heregías. Quando en los dias de Domingo iva á la Parroquia de San Gervasio, era tal la pesadumbre que sentia de ver á los hereges concurrir à oir à sus infelices predicadores, que esto solo la enfervorizaba á rogar con mas ahinco por su conversion. El horror que tenia á la heregía, y á la libertad de conciencia en mareria de Religion era tal, que no podia sufrir que se hablara de ello: y por eso procuraba mucho que sus hijos y criados nunca oyeran la perversa doctrina, y discursos pernisiosos de

los hereges: por lo que esta casta de gentes, como ni los libertinos é incrédulos, no se atrevian á acercarse á su casa y familia, que estaba bien acreditada por la pureza de la fe, y práctica de las virtudes christianas. Fué un dia á visitarla la muger de uno de los quatro Ministros de París, que tenia con ellos alguna relacion de parentesco, y le dixo que habia oído hablar con mucha alabanza de su persona y conducta; y que si fuera de su secta, podria servir de mucho provecho al partido. Quedó la BEATA sorprendida y sobresaltada de esta propuesta imprudente é impía, y olvidada de su regular mansedumbre y dulzura en todas las cosas, dió á entender bien claramente su interior disgusto, y obligó á aquella herética muger à salir de su presencia corrida y avergonzada. Finalmente para desviar á los incautos de entablar conversaciones con los hereges en punto de Religion, desaprobaba mucho el zelo indiscreto de muchos Católicos que sin estar versados en la controversia, se ponen sin embargo á disputar con los hereges sobre puntos de fe : y decia

que los tales no tienen mas obligacion que quando les preguntan acerca de su creencia, responder francamente: creo todo aquello que cree la Santa Iglesia Católica mi Madre, y humildémente me sujeto à todo lo que ella cree.

CAPÍTULO XVII.

Esperanza heroyca de la Beata.

Dien persuadida estaba la Beata María con las luces de la fe, de que la única felicidad y consuelo del corazon humano en la vida presente y en la venidera es Dios; y que de solo él puede la criatura esperar y prometerse, por los méritos del Divino Redentor Jesu-Christo, los medios necesarios para alcanzarlas, las fuerzas para vencer los obstáculos que para lograrla hay. Esto, supuesto, no es de maravillar que desde sus primeros años eligiera á Dios por su porcion, y herencia, y que se acostumbrara à esperar y confiar en todos los momentos de su vida, de sola su omnipotencia, bondad y felicidad, por los méritos ya mencionados, los medios y fuerzas necesarias en su estado para el lógro del objeto inefable de sus deseos. Lo firme de esta su esperanza se vió bien claramente en aquel desprendimiento de todas las criaturas, y de su misma vida, en aquel despego que tenia á todo consuelo externo; en el cuidado y afan de mortificar sus sentidos, y en tener siempre en su memoria lo caduco y miserable de esta vida presente. Peto la prueba mas convincente de esto la dió en el cuidado ciertamente admirable que puso en apartar de sí aun aquellas consolaciones sensibles que suelen acompañar á la piedad, y en disminuit quanto la era posible la abundancia de ellas. No podia oir tocar una campana, ó mirat una Imágen devota, ó escuchar un concierto de música sin quedar enagenada de los sentidos: y para distraerse se paseaba apresuradamente por la sala, se iva al jardin, se asomaba á la ventana: ya se ponia de rodillas, ya en pie: unas veces se recostaba sobre la cama, otras se sentaba; fatigandose en estorbar los extasis y ardores de la devocion sensible, mas que otros en procu-

rarlos y buscarlos. Suspiraba sin cesar por la bienaventuranza eterna; y mirando al Cielo salia como fuera de sí, y mostrándolo con el dedo á los circunstantes, decia con ardentísimo fervor: ved ahí nuestra Patria: aquí estamos como pobres desterrados y peregrinos: ¡ Ah! : quando llegaremos a aquella region donde ya no habrá llantos, ni lutos, ni afanes, ni dolores? Muchisimas veces quedaba tan transportada fuera de si, que no pudiendo hablar, levantaba la mano para mostrar por señas la grande alegría que la causaba esta consideracion. Experimentaba un grandísimo consuelo en oir hablar de la libertad de los hijos de Dios, y exclamaba: ¿quándo llegaremos à gozar de la dichosa libertad de Dios, separados y desembarazados de todo lo instable y corruptible, ocupados únicamente en la eterna fruicion de la inefable hermosura de Dios? Con este gran desco del Cielo, haciéndosela muy pesada la carga de la vida presente, solia decir: que cra gran cruz para el alma christiana vivir una vida en que era posible perder à Dios ; y exclamaba: ¡ó vida! ¡ó vida! cómo puedes llamarte vida, quándo hay en

133

ti tantas ocasiones de muerte? Hablaba de la vida eterna con tales afectos, suspiros y lágrimas, que los que la oían, se sentian movidos de los mismos afectos; y era preciso muchas veces desviarla de estas conversaciones; porque el fervor de sus ánsias la hacian enfermar; y sus hijas y criadas que tenian experiencia de esto, se veían obligadas à suplicar à los que la trataban, que se abstuvieran quanto pudieran de hacerla internarse demasiado en estos discursos. Leyendo un dia la BEATA el libro del combate espiritual, y llegando á un paso que dice, que las almas que andan por el camino de la virtud pueden gozar en la tierra las consolaciones celestiales, exclamó con gran fervor de espíritu: ¡Oh! ¡quan cierto es que el alma que se humilla y ama los desprecios, ni busca otra cosa que á Dios en la soledad del corazon, puede y le es permitido gozar en la tierra de las consolaciones celestiales! Pero miéntras estamos sumergidos en nuestras pasiones, no podemos lograr aquella dicha. Quando instruía á las personas que la pedian consejo, ponia gran cuidado de imprimir en ellas

María de la Encarnacion. ellas el desprecio de esta vida, y el desvelo de refrenar el falso amor de sí mismas, y de todas las criaturas, para disponerse mejor à no mirar en todo à otro objeto que à Dios. Tenia siempre presente aquella verdad: que Dios es el que obra en nosotros todo bien. Entendia muy bien que su omnipotencia se manifiesta tanto mas, quanto nosotros, que somos unos flacos instrumentos entre sus manos, contribuimos ménos á lo que hace en nosotros, y por nuestro medio. À la luz de estas verdades, solo de Dios, y de nadie mas, esperaba los auxílios y fuerzas necesarias para cumplir aquella série de acciones christianas, que en el curso de su vida debian prepararla y hacerla digna de la posesion del Reyno de los Cielos, sin arredrarse por las dificultades que se ofrecen en el camino de la vida espiritual, confiando enteramente en Dios, con cuyos auxílios se desvanecen. De aquí procedia que por una parte era muy circunspecta en emprehender qualquiera cosa sin implorar anres humildemente y con fervor la asistencia de Dios por medio de la oracion, y por corra

parte no desistia de las empresas comenzadas, por mas que se viera destituida de socorro humano, ó la ocurrieran las mayores dificultades, una vez que creyera que eran conformes à la voluntad de Dios, y de honra y gloria suya; ántes se ensanchaba su corazon, y se alentaba mas quando faltándola la ayuda de las criaturas, se veía obligada á recurrir inmediatamente á la divina providencia, diciendo: que no convenia desistir de lo que se habia comenzado por Dios, y con Dios. Para no molestar con la repeticion de los hechos que comprueban quál era la calma y paz de su espíritu, y su confianza en la divina providencia que quedan ya insinuados, bastará observar la tranquilidad de espíritu y confianza que mostró en la fundacion de las Carmelitas Descalzas en Francia. Habiendo oido muchas veces á varias personas alabar la vida de santa Teresa, insigne Reformadora del Carmelo, deseó leerla, y habiéndola logrado leyó algunos capítulos, quedando admirada de cómo Dios se habia servido de una Muger para fundar dos ilustres familias Religiosas en su Iglesia. Algun ticm-

tiempo despues que habia comenzado á leerla, estando en Oracion la apareció la dicha Santa, y la dixo, que Dios queria servirse de ella para establecer en Francia las Carmelitas Descalzas. Quedóla esta vision tan altamente impresa en el alma, que resolvió comunicarla con un cierto Religioso Cartujo, virtuoso y prudente, para que con sus oraciones la ayudase à alcanzar de Dios las luces necesarias para este negocio. El Religioso despues de reflexionado, y orado mucho tiempo, fué de dictamen que se tuviera una junta de sugetos doctos y piadosos para consultar el caso. Se juntáron, pues, quatro sugetos tan acreditados por su doctrina como por su piedad, que fueron los Señores de Berulle, que despues sué Cardenal, Duval, y Gallemant, Doctores de la Sorbona y de Bretygni: los quales despues de haber exâminado con gran madurez el negocio, anteviendo las grandes dificultades que habia de tener, respondiéron á la BEATA, que su dictamen era que se suspendiesen todas las diligencias hasta que Dios proporcionase los medios oportunos para salir con

el intento. Oido esto, obedeció la BEATA sin réplica, resuelta á no tratar ya del asunto, haciendo como solia siempre mas caso del consejo de sus Directores, que de sus luces particulares, y aun de la vision que habia tenido. Despues de algun tiempo la apireció segunda vez Santa Teresa, y la ordenó con mas eficácia de parte de Dios, que tomara á su cárgo aquella fundacion, asegurandola, que las dificultades que se temian quedarian enteramente desvanecidas. En vista de esto, comunicó la BEATA su segunda vision al susodicho Religioso de la Cartuja, y este junto otra vez a los quatro sugetos ya mencionados, convidando tambien á la consulta á San Francisco de Sas les, que entónces se hallaba en París. Examinadas todas las razones con la prudencia y seriedad propia de tales sugetos, viniéron à concluir, que sin duda era aquella la voluntad de Dios, y que así era preciso poner manos á la obra sin tardanza alguna. Disponiendose, pues, la Beata María para comenzar su empresa á pesar de las muchas, y al parecer insuperables dificultades, que desde el principio se presentáron, tuvo siempre tal confianza de que habia de salir con su intento, que jamas se la vió con la menor inquietud; de suerte que quanto mas desesperado parecia el negocio, mayores esperanzas concebia, de que Dios era el fiador de su buen éxîto. En primer lugar falta una persona de crédito y poder bastante para encargarse de los negocios precisos para semejante fundacion. Pero teniendo la BEATA un dia entre manos ciertos negocios de caridad, que queria recomendar á la Señora Princesa de Longavilla, fué con este fin á la Iglesia de San German, donde dicha Señora solia ir á oir Misa. Llegando á la Capilla, y encontrándola orando, miéntras esperaba que saliera de la Iglesia, tuvo una interior inspiracion de que no le hablara de los negocios á que iva, sino de la fundacion de las Carmeliras. Obedeció la BEATA, y el éxito mostró que la inspiracion habia sido del Cielo; porque encontró el ánimo de la Princesa tan bien dispuesto, que al punto se encargó del negocio que la BEATA le propuso, ofreciendo valerse de todo su crédito,

Debiendo escogerse un sitio apropósito para el primer Monasterio de Carmelitas Descalzas en París, que es lo que pareció mas conveniente y oportuno para promover y facilitar la fundacion de otros en varias partes del Reyno, se eligió el Priorato de nuestra Señora de los Campos, que están al fin del Arrabal de Santiago de dicha Ciudad, y pertenece á la Abadía de Marmustier. Para lograrlo fué preciso acudir al Senor Cardenal de la Jayosa, Abad Comendatario de aquella Abadía: pero este Señor negó absolutamente su consentimiento á la Señora de Longavilla, que se habia encargado de hablarle. Una repulsa tan absoluta desalentó á todos aquellos que habian tomado parte en la empresa, ménos á la BEATA, que cobrando mas ánimo y confianza con esta contradiccion, despues de haber hecho fervorosa oracion, rogó á la Señora de Longavilla, que no hiciera caso de aquel primer estorbo, y la persuadió que acudiera otra vez al Señor Cardenal para lograr el

María de la Encarnacion. 139 favor que se deseaba. Habiéndolo hecho así

la Princesa halló tan trocado el ánimo del Cardenal, que le concedió con mucho gusto lo que le pedia: que sin duda fué efecto de la Oracion de la BEATA, y de su confianza singular en la divina providencia. Sucedió tambien que los que habian ido á España á suplicar al General de la Orden, que enviara algunas Monjas para poner en Francia los primeros cimientos de la observancia regular del Instituto, hallaron los animos tan mal dispuestos, y su propuesta fué tan mal recibida, que desde el principio perdiéron las esperanzas de lograr cosa alguna. Sin embargo de unas noticias tan adversas, la Beata, confiada unicamente en Dios, continuó la fábrica del primer Monasterio con tanta tranquilidad, como si hubiese recibido las noticias mas seguras de que la concedian felízmente quanto deseaba. Ocurriéron tambien en este mismo tiempo dificultades bastantemente grandes en Roma para obtener la licencia y consentimiento del Sumo Pontifice, y los que estaban encargados de esta instancia no prometian nada fa-

Vida de la Beata vorable, escribiendo siempre como de una cosa casi imposible. Pero enmedio de estas dificultades y oposiciones, Dios hizo ver, que la seguridad que la BEATA habia concebido en órden á esta empresa, no se fundaba en cosa alguna humana, quando se allanáron todos los obstáculos, y se vió por todas partes una mutacion tan prodigiosa, que todo contribuyó á la prosecucion de sus santas idéas, y por una disposicion la mas feliz de la Providencia, entre las seis Religiosas, que la enviáron de España, que fué una la VENERABLE Sor Ana de Jesus, y otra Ana de San Bartolome, las quales despues de haber promovido la nueva fundacion, y acreditádola con su singular virtud, muriéron en el mas alto concepto de santidad. Esta confianza de la Beata resplandeció tambien en su conducta en la fábrica de aquel primer Monasterio, habiendola empezado sin otro apoyo, ni fondo que el de la providencia divina. Nada veían los hombres de prudente en el plan que se proponia; pero todos veían con admiracion que al fin de la semana pagaba ella misma

los jornales á los trabajadores, y satisfacia especialmente el importe de los materiales, aunque por lo comun no tuviese de repuesto ni un sueldo, y aunque los gastos que diariamente se ocasionaban fuesen grandisimos. ¿ Pero qué hay que admirar ? Dios disponia en premio de su sincera y perfecta confianza, que fuera tal su crédito con algunas personas que aun los mas económicos se arriesgaban á prestarla sumas considerables de dinero, sin otro resguardo ni escritura, que sola su palabra, aunque su casa se hallaba bastante atrasada en quanto á los intereses, y los hombres del mundo por lo tanto no tenian por muy seguro el reintégro de lo que la prestaban. En una ocasion se despachó una Letra de Cambio de treinta mil libras, que debia pagarse á la vista en término de ocho dias, contra un sugeto respetable, que á persuasiones de la BEATA habia salido responsable á los gastos que se ocasionasen en la fábrica para las Carmelitas. Quando se la presentaron para que la aceptase, no se hallaba ni con un solo escudo, ni discurria donde poder hallar di-

nero para el pagamento; con todo eso, por la estimacion que él hacia de la BEATA, y por la experiencia de los socorros, que su confianza recibia de Dios, aceptó aquella Letra, y tuvo el gusto de pagarla en el preciso término de ocho dias. En quanto á la fundacion del Monasterio de las Carmelitas de Pontoise, fuéron estas al principio colocadas en una pequeña casa, donde vivian con mucha incomodidad, porque su número se habia aumentado casi de repente desde su entrada. Las personas que juntamente con la Beata habian tomado parte en esta fundacion, deseaban vivamente que se fabricase un Monasterio mas acomodado, á cuyo efecto se habia ya comprado en la misma Ciudad un sirio oportuno; pero no se acaloraban por solicitar el lógro de sus deseos, porque sabian que no habia ni aun el primer sueldo para empezar la obra. Hablaba un dia con una de estas personas sobre este particular, y la significó el deseo que tenia de ver empezada la fábrica de aquel Monasterio, y animada con este discurso la tal persona, la rogó que la dixese,

María de la Encarnacion. si creía ser voluntad de Dios el establecimiento de la tal Fabrica. Aseguróselo la BEATA quanto ella podia desear, y sobre la fe de sola su palabra, echó el plan, y celebrados los contratos necesarios con entera libertad y confianza hizo dar principio á la obra, y la continuó hasta su perfeccion, sin que el dinero necesario le falcase jamás. De esta suerte daba Dios á entender, por los efectos, que la BEATA sabia muy bien ser esta fábrica del divino agrado, haciendo que se efectuase con tanta felicidad, que nadie por esta causa tuvo cuidados, ni perjuicios que sufrir, aunque no hubiese otro fondo para esta empresa, que la seguridad que ella daba de ser aquella la voluntad de Dios á lo que la parecia. Mas esto es poco. Por todo el tiempo que duráron las fábricas para el establecimiento de las Carmelitas, fué siempre bastante el solo parecer de la BEA-TA, para infundir seguridad en los ánimos de los que trabajaban en ella en tales obras, y para alentarlos á qualquiera otra empresa. De aquí procedia, que si hubieran visto el dinero en una bolsa no podian tener mayor confianza, que la que tenian en la palabra de la BEATA: asegurándose con ella tanto, que nada las podia hacer desconfiar; y no solo les infundia deseo de hacer quanto ella les inspiraba, sino gusto tambien, causandoles a un mismo tiempo conocimiento de la conveniencia de la empresa, y de su buen éxîto. Y nadie quedó defraudado en sus esperanzas; porque todos al fin quedaron libres y desempeñados de las obligaciones que habian contrahido por dictamen de la BEATA, reembolsandose de lo que habian adelancado, y pagando ella las deudas que habia contrahido con este motivo. El aprecio grande que hacia de la confianza en Dios para todas las cosas, producía en su alma un contínuo deseo de imprimir en los demas esta misma divina virtud, sabiendo que las hace generosas, y que allana y suaviza todas las dificultades y amarguras que se ofrecen en el camino de la perfeccion. Entre quantos defectos puede tener una alma, ninguno la parecia mas pernicioso que el de la desconfianza en Dios, diciendo: que sobre hacer al alma negligente

en su santo servicio, y en la observancia de su ley, la lleva hasta destruir en quanto está de su parte, el mas bello de sus divinos atributos, que es la misericordia, y la que alabarán eternamente en el Ciclo los espíritus bienaventurados. Decia otras muchas veces: Yo sufriré en una alma toda suerte de defectos, pero ver que no tenga confianza en Dios, ni voluntad de servirle, dexándose enteramente en sus manos, es para mi un defecto insufrible; anadiendo tambien, que un alma jamas podrá obrar bien, sino se arroja á ojos cerrados en los brazos de la providencia divina, y por el contrario, quando se arroja en ellos, parece que Dios, atendida su palabra, se halla como obligado á asistirla. Es necesario, proseguia la Beata, mantenerse siempre en esta confianza, como aquel que dice, Señor aquí estoy; aunque Dios permitiese que mis hijos fuesen condenados, yo no deberia por eso substraerme de esta confianza, ni de la dependencia absoluta que debo tener, no solo de las ordenaciones de su providencia divina, sino de quanto con juicio inexcrutable permite y dispone. En fin insistía muy mucho sobre esta materia,

y decia: que un alma christiana à la vista de sus defectos, no debe perder ni disminuir su confianza en la divina misericordia, pues el objeto de ésta son nuestras miserias mismas, y que lo contrario es un abismo, que llama d otro abismo.

CAPÍTULO XVIII.

Caridad heroyca ácia Dios de la Beata María.

Un alma que por medio de la Fe conocia con tanta claridad la existençia, y los
atributos inefables de un Dios, único fin
de nuestros descos: un alma que por la
esperanza habia aprendido á no esperar el
verdadero sosiego de su cotazon, y los medios de adquirirle de otro que de Dios,
qual era justamente el alma de la BEATA MaRÍA, no es maravilla, que entre tanto que
llegaba el felíz momento de gozar sin velo
alguno, y cara á cara, de su Supremo bien,
procurase con estudio contínuo conservar
presente aquella imágen de enígma y espejo,

María de la Encarnacion. 147 la mas expresiva que la era posible, á fin de empezar con su contemplacion aquel acto inefable de union del alma con Dios, en que consistirá su felicidad verdadera por siglos erernos. Todo quanto veía elevaba sus pensamientos, y afectos á Dios, viéndole en todas las cosas, aun las mas pequeñas. Quando se hallaba en algun jardin, ó en el campo entre las flores, las miraba una por una, considerando su variedad y hermosura, y con un acro lleno de fervor, y de amor de Dios, tomando en sus manos las mas hermosas, las enseñaba á los circunstantes, y decia: ¡O quan grande es aquel Senor que ha hecho esta obra! Ved amigos, quanto cuidado se ha tomado la sabiduría y providencia de Dios sobre cosas tan pequenitas, y quan perfectamente las ha formado: quanto mas pequeñas son, tanto mas bien muestran la grandeza inefable de su Criador. ¿Por qué, pues, á vista de esto desconfiamos nosotros de su bondad y misericordia? y á estas palabras, olvidada ya de las flores continuaba su discurso sobre la grandeza y sabiduria de Dios, con tal fuerza de espíritu

T 2